

1. No podemos desconocer que hay en lo íntimo de la naturaleza humana un paganismo latente, que se suscita mas o menos en todos los siglos, que es muy vivaz en el nuestro, y que se explica en esa afición á las filosofías paganas, á las leyes paganas, á las artes paganas; porque allí es donde encuentra satisfechas sus aspiraciones, realizadas sus más halagüeñas esperanzas: en lo cual se pretende hacer consistir el Progreso

2. Hay desde luego dos doctrinas del progreso. — La primera, profesada en las escuelas sensualistas, rehabilita las pasiones; ella promete á los pueblos el paraíso terrenal al término de un camino de flores, mas lo que les prepara es un infierno terrenal al término de un camino de sangre. — La segunda, nacida de una inspiración cristiana, reconoce el progreso en la victoria del espíritu sobre la carne, mas ella no promete nada sino como premio del combate; y esta creencia que establece la guerra dentro del hombre mismo, es la única que puede dar la paz á las naciones.

3. No es, pues, el pensamiento del progreso un pensamiento pagano. Bien al contrario, la antigüedad pagana se creía bajo una ley inexorable de decadencia; y esta persuasión era universal, porque el género humano tiene reminiscencia de la altura de donde se había precipitado, é ignoraba todavía como pudiera volverse á levantar á ella.

4. La doctrina del progreso no la vemos aparecer sino con el Evangelio, el cual no solo reconoce la perfectibilidad humana, mas impone tambien como ley el aspirar á ella: Sed perfectos, estote perfecti. Y este mandato obliga á los cristianos á un progreso indefinido, puesto que lleva su término hasta el infinito. "Sed perfecti, les dice, como nuestro Padre celestial es perfecto —

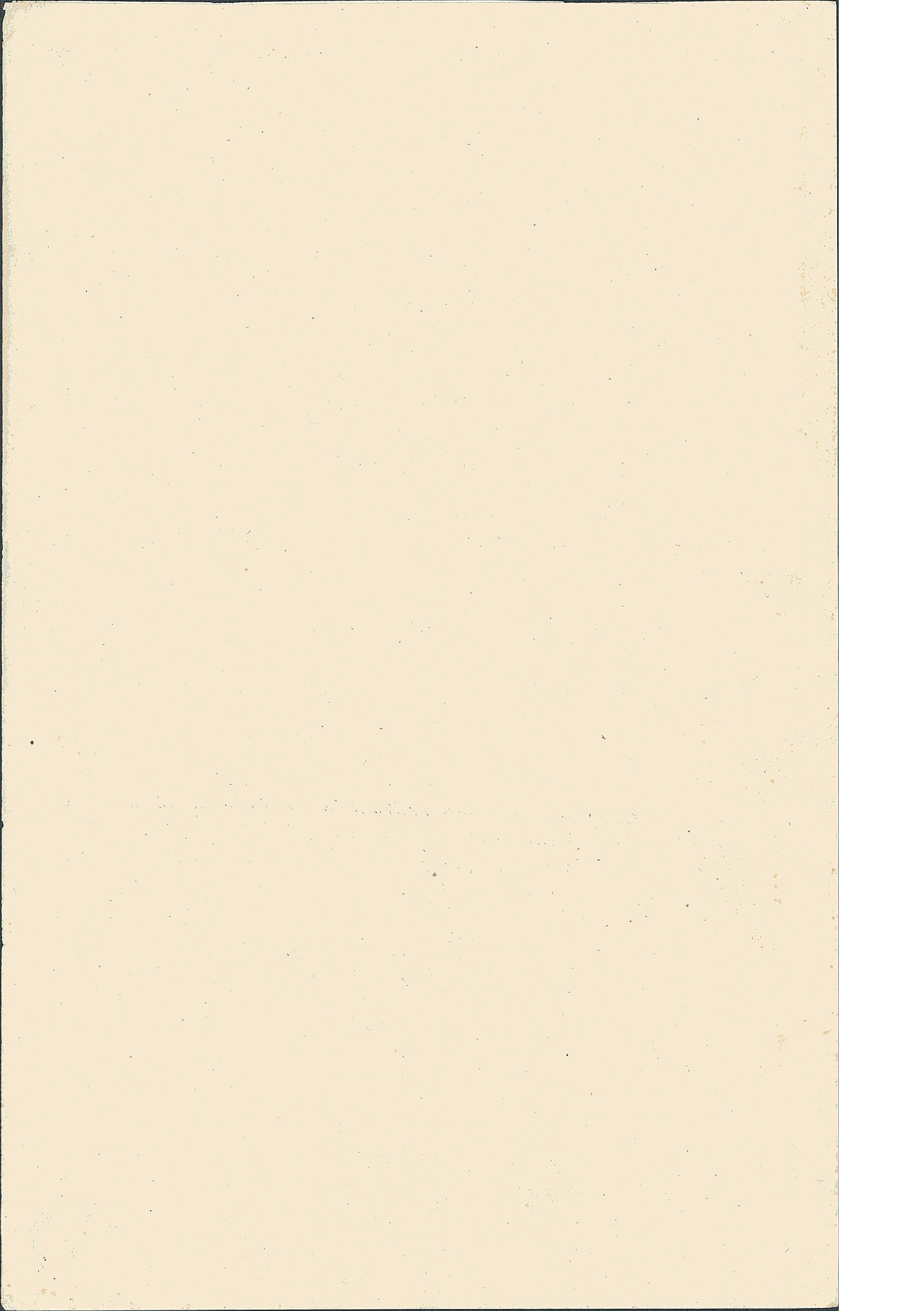
5. La ley de progreso para el hombre lo es tambien para la sociedad. La Iglesia misma de Cristo, como cuerpo social, no está exenta de ella. "Este cuerpo, nos dice San Pablo, debe crecer hasta su completa madurez, hasta realizar en su plenitud la humanidad de Cristo.

6. ¿Sería posible que no hubiese progreso en la Iglesia? se preguntaba á sí mismo San Vicente Ferrerense. Lo habrá y mucho, se respondía. Porque ¿quien sería bastante envidioso del bien del hombre, bastante maldito de Dios, para oponerse á este progreso? Pero quede bien entendido, añadia, que ha de ser progreso y no mudanza: que el progreso ha de consistir, andando los siglos y las edades, en un aumento de inteligencia, de sabiduría, de ciencia, para cada uno como para todos, los miembros de la Iglesia."

7. En efecto: no por ser constante y perpetua la verdad católica, deja de tener sus progresos. Ella es conocida en tal lugar mas que en otro, en tal tiempo mas que en otro, ora mas clara y precisamente, ora con mas generalidad.

8. Dios se nos revela en el cristianismo, como Verdad, como Bondad, como Belleza. Como Verdad





Hay en lo íntimo de la naturaleza humana un paganismo permanente, que se excita y despierta en todos los siglos, que no está muerto en el nuestro; y que siempre vuelve de buen grado á las filosofías paganas, á las leyes paganas, á las artes paganas; porque allí es donde encuentra satisfechas sus instintos, realizadas sus halagüeñas aspiraciones

Ozanam -

Progreso en la Iglesia

"¿Será posible que no haya progreso en la Iglesia?" se preguntaba San Vicente Ferrerense: "Lo habrá, y mucho, se respondía á sí mismo. Porque ¿quién sería bastante envidioso del bien de los hombres, bastante maldito de Dios, para oponerse á este progreso? Pero quede bien entendido, que ha de ser progreso y no mutación: que el progreso ha de consistir, andando los siglos y las edades, en un aumento de inteligencia, de sabiduría, de ciencia, para cada uno como para todos los miembros de la Iglesia.

S. Vicente de Ferrer -

No por ser la verdad católica constante y perpétua, deja ella de tener sus progresos. Ella es conocida en tal lugar mas que en otro, en tal tiempo mas que en otro, y ya mas claramente, ya con mayor precisión, ya con mas universalidad.

Bossuet -

Dios se revela en el cristianismo como verdad, como bondad, como belleza. Como verdad atrae al hombre por la fe, como bondad por el amor, como belleza por la esperanza. Podemos, pues, poseer la verdad, somos libres para abrazar el bien, y alcanzamos á vislumbrar de lejos la belleza esencial.

El hombre, según el cristianismo, vive en dos vidas: la vida de la naturaleza, y la vida de la gracia que se sobrepone á aquella. En el orden sobrenatural, la verdad revelada á la fe constituye el dogma, el bien abrazado por el hombre produce la moral, lo bello vislumbrado por la esperanza inspira el culto.

El dogma no cambia, pero la fe es una potencia activa que busca la luz, fides quaerens intellectum. Ella conserva la verdad revelada, pero al mismo tiempo la medita y la comenta, y del símbolo que aprende el niño de memoria, saca ella la Suma de Santo Tomás de Aquino.

La moral no cambia, pero el amor que la reduce á práctica es inmensable: permanecen siempre los preceptos, mas las obras se multiplican. Todas las inspiraciones de la caridad cristiana están ya contenidas en el "Sermón de la montaña"; y no obstante, pasaron muchos siglos antes que de allí salieran esos monasterios civilizadores,

estas

esas escuelas, esos hospitales que cubrieron toda la Europa.

El culto no cambia, en su principio esencial, que es el sacrificio. Un poco de pan y de vino en medio de un calabozo, bastaba á la liturgia de los mártires. Pero como la aspiración que nunca desmayó impelle al hombre á acercarse mas y mas á la belleza divina, la cual no se deja contemplar foz á foz desde este mundo; él se vale en su ayuda de cuanto parece subir hácia el cielo, como son las flores, las lumbreras, el incienso; encumbra las piedras y lleva con ellas á alturas increíbles los chapiteles de sus catedrales; añade á la oración las dos alas de la poesía y del canto, que la hacen volar por encima de esos mismos chapiteles; y sin embargo, apenas llega á una distancia infinita del término á que aspira.

Ozonomam.

La piedad es el único medio por el cual podemos conocer á Dios, porque esta disposición de nuestra alma es también la única por la cual se puede establecer un comercio espiritual entre el creador y la criatura.

No podemos comprender la tierra sino cuando hayamos conocido el cielo. Sin el mundo religioso, el mundo sensible solo nos presenta un enigma desconsolador.

Nada en el mundo moral se pierde, como nada en el mundo material se circunscribe. Todos nuestros pensamientos, todos nuestros afectos, no son aquí en la tierra sino el comienzo de unos pensamientos y afectos que han de ~~terminar su existencia~~ acabarse en otra parte — en la eternidad.

Amar á Dios y hacerle amar de él; amar á nuestros semejantes y hacerlos amar de ellos; he aquí la religión y la moral. En ambas el amor es todo: principio, medio y fin.

Solo son dichosos los buenos, los cuerdos y los santos; pero los santos lo son mas que todos: tan conforme así es la santidad con la naturaleza humana —

Nada es justo, bello, bueno, sabio, sino lo que es adecuado á las ideas que Dios tiene de lo justo, de lo bello, de lo bueno, de lo sabio. Suprimare á Dios de la alta filosofía, y toda claridad desaparecerá de ella. Él es su luz y su sol, que todo lo ilumina. *In lumine tuo videbimus lumen.*



